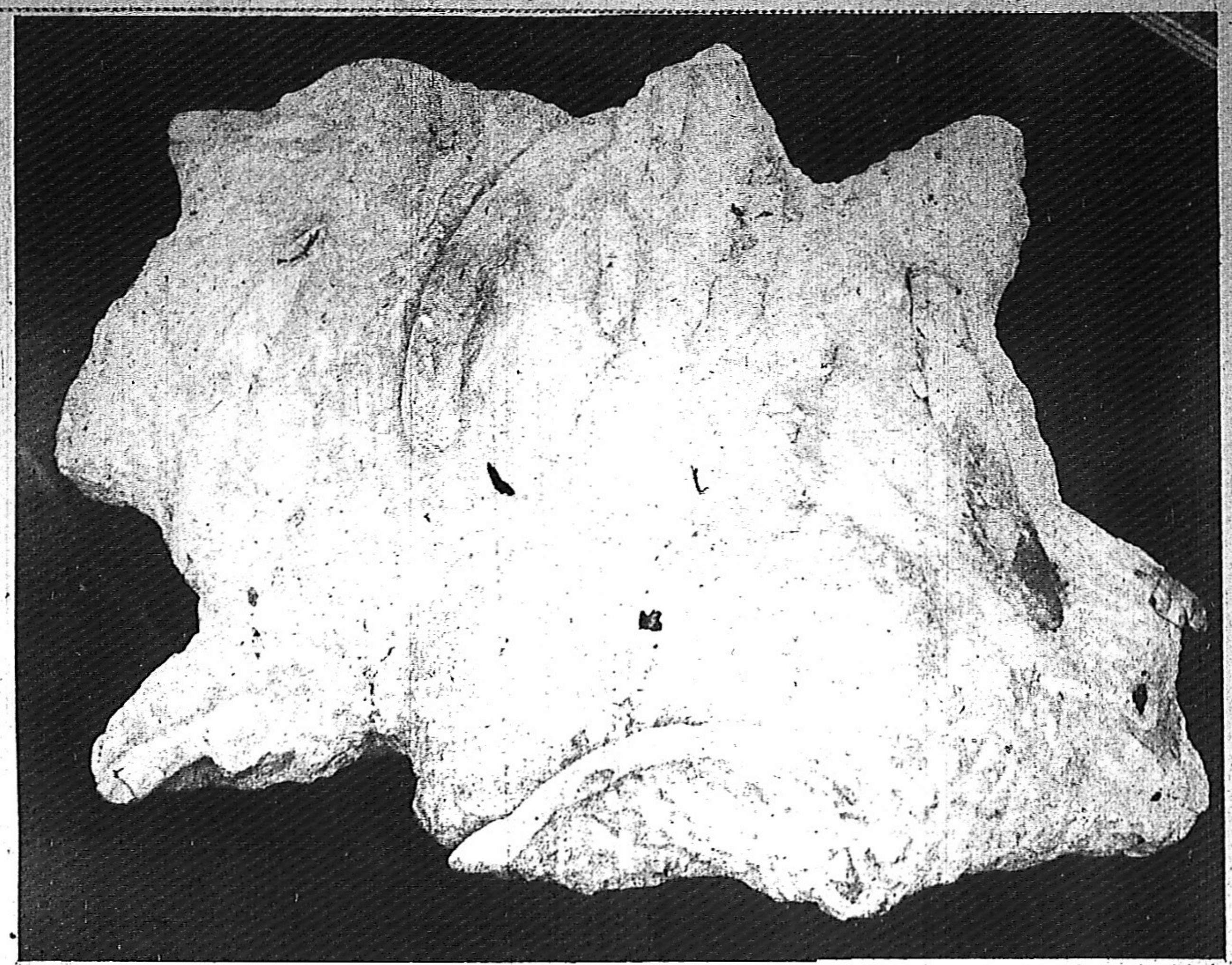


En la fotografía podemos apreciar más de doce de las venticuatro costillas fósiles descubiertas en Morovis por un grupo de jóvenes aficionados a la paleontología boricua. (Fotografía del autor).

Una ballena en la playa de Morovis

Por Roberto Martínez Torres

Cuentan que un día un "borrachón" de Morovis se subió a uno de los árboles que abundan en el sector conocido como "La Joya de Los Sapos". Nadie se había dado cuenta hasta que el borracho salió gritando a todo pulmón: "Una ballena, una ballena". Al menos eso fue lo que creyeron escuchar los vecinos del lugar que asombrados por lo que escuchaban se asomaban a puertas y ventanas buscando arriba y abajo de la Joya el fenomenal animal. Luego se supo que el borracho llevaba en sus bolsillos traseros dos botellas, una llena de vino y la otra por terminársela. Ambas botellas se le cayeron y no en balde gritaba desesperadamente: ¡Una va llena, Cójanla, una va llena!

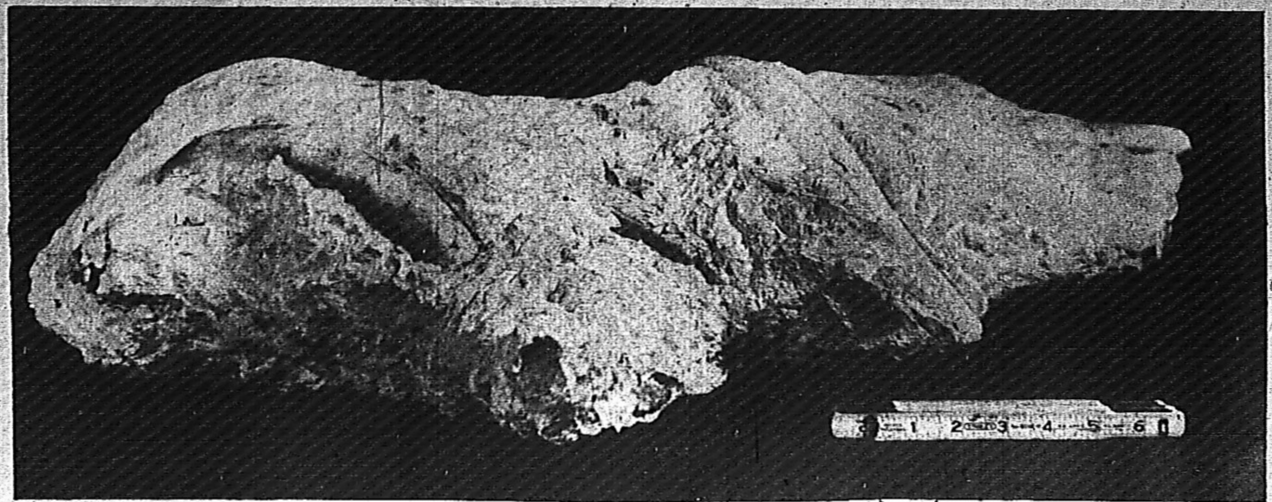
La ballena de nuestra historia no es de las que acabamos de relatar en el famoso chiste moroveño, y hemos de advertirle al amable lector que se nos hace un poco difícil explicar la presencia de una ballena en Morovis, que es un pueblo del centro de la isla y más difícil aún que esta ballena está enterrada en la roca. Pero tenga paciencia el lector y le explicaremos lo de "la ballena de la playa de Morovis".

Un día llegaron a casa un grupo de adolescentes muy alborozados y traían un relato que resultaba bastante increíble. Decían que habían descubierto una piedra en la cual aparecía incrustada una serie de huesos idénticos a las costillas de una vaca y que las supuestas costillas entraban y salían de un lado para otro de la roca atravesándola. Decían que las costillas entraban y salían de un lado para otro de lar oca atravesándola. Decían que las costillas eran enormes y que los huesos cubrían una extensión sobre la roca de casi dos metros.

Yo pensé que los detalles los habían exagerado un poco debido a lo espectacular del hallazgo, pero en ningún momento pensé que lo habían inventado. Ya antes el grupo había recogido del suelo moroveño un sinnúmero de dientes de tiburón, dientes de peces, y algo así como fragmentos de huesos, ya hechos de piedra. Pensábamos que dichos huesos no podían ser de tiburón, que no tiene huesos y tampoco encontrábamos en los libros algo que nos pudiera indicar que aquellos huesos pertenecían a algún dinosaurio de la prehistoria puertorriqueña.

Me limité a tomar los detalles del hallazgo con la esperanza de ir a investigar "cualquier rato", después de dibujar un pequeño croquis del supuesto fósil. Tomé los detalles del lugar para organizar una expedición y ahí quedó todo por el momento. La marca que habían dejado los muchachos consistente en un montón de piedras al lado de un guayabo fue borrada en semanas por las vacas que pastan en el cercado donde fue hecho el descubrimiento.

Cuando se renovó el interés por hallar de nuevo el fósil se hizo una serie de excursiones sin éxito alguno. Unas veces las hacíamos en grupo y otras individualmente, hasta que un día el joven Jorge Montes Martínez llegó a casa cargando con un pedazo de la



El mismo fósil de la fotografía anterior visto de uno de sus lados. Compárese su tamaño con la regla plegadiza al lado. (Fotografía de Quique Collazo, de Collazo Pro-Photo).

roca de donde sobresalía un fragmento de hueso como evidencia de que había encontrado definitivamente el misterioso fósil. Esto bastó para que de inmediato marcháramos al lugar armados de una cámara fotográfica.

Luego de reunir parte del grupo de entusiastas recogedores de fósiles, llegamos al tan buscado lugar y allí pudimos encontrar dos enormes piedras, una de más de 50 kilos y otra de casi 300 kilos de peso. Esta última apenas podíamos levantarla entre los cuatro jóvenes que formábamos el grupo.

La piedra más pequeña dejaba entrever una serie de enormes huesos petrificados que daban la impresión de ser enormes vértebras de más de 15 centímetros. Mientras que en la roca mayor se podían apreciar una serie de costillas que entraban y salían de la misma, y por sus lados se podían ver otras que se hallaban enterradas totalmente dentro de la roca. Tomamos algunas fotografías y cargamos como pudimos la piedra pequeña debajo de un espeso aguacero hasta la carretera donde estaba el Jeep. Habíamos dejado muy bien marcado el lugar y decidimos pedirle permiso al dueño de la finca para que nos permitiera llegar hasta el lugar en el vehículo y poder recoger la piedra grande. El señor nos concedió permiso para mover el fósil y de inmediato nos movilizamos y cargamos el fósil entre todos hasta donde llegaba el Jeep. De allí lo llevamos a casa.

Una vez lavada la piedra me dispuse a remover parte de la roca que cubría las costillas, para dejarlas expuestas y a la vez aligerar el peso de la roca. Con ayuda de un cincel de fabricación casera y un martillo removí lentamente fragmento tras fragmento de la dura roca caliza y para mi sorpresa pude ver que iban apareciendo un sinnúmero de otras costillas que no se podían ver antes por estar totalmente cubiertas de roca. Pasaban de 15 las costillas cuyos diámetros variaban desde los 5 centímetros hasta los 2 centímetros. Sus longitudes iban desde los 6 centímetros hasta los 40 centímetros aproximadamente. Una vez removida la roca que era posible remover sin dañar el fósil las costillas parecían una masa enredada de huesos semejante a una serie de "spaghetti" congelados en una salsa amarillento-blancuzca.

Se trataba de las costillas y las vértebras donde van encajadas éstas. Pero debían pertenecer a un animal de grandes proporciones a juzgar por la longitud de las costillas, parte de las cuales continuaban en la roca de la cual se habían desprendido hace mucho tiempo las dos rocas que habíamos recogido. Probablemente allí se encontrara sepultado el cráneo del animal, pero que de estar allí aún, resultará difícil verlo algún día. La identidad del animal, a falta del cráneo para su rápida identificación permaneció en la incógnita, hasta que un día pudimos examinar una serie de costillas de un animal marino llamado el manatí. Dichas costillas eran idénticas a las que habían sido halladas en Morovis petrificadas por lo que deducimos que puede tratarse de un antepasado fósil del moderno manatí o vaca marina.

El manatí es un mamífero acuático que habita las cercanías de las playas y especialmente la desembocadura de los ríos. Pertenece a la clase de los sirénidos y es un animal hervíboro. En nuestra isla habitaba nuestros ríos en gran abundancia, siendo uno de los platos favoritos de los indios que habitaban el área de Manatí. Este animal está en peligro de extinción y a ello se debe que nuestros ríos del área norte se encuentren continuamente obstruidos en sus desembocaduras por la flor de agua, una yerba que era la dieta del manatí en tiempos pasados. Vemos cómo nos vemos afectados cuando alteramos el delicado equilibrio ecológico en nuestro ambiente.

A decir verdad, el manatí no es una ballena en sí, aunque es pariente cercano de éstas y de los delfines y las focas. Pero, ¿cómo explicar su presencia en las rocas de Morovis? La ciencia nos dice que lo que es hoy una montaña alta en el centro de la isla, o era en la antigüedad remota un cono volcánico o era el fondo marino. Estas rocas donde hemos descubierto nuestro fósil era el lecho oceánico. Allí se depositaron los restos óseos de la criatura una vez ésta murió o fue despedazada por algún animal de presa de los que abundan en el mar. Desaparecida o podrida la carne se conservó el esqueleto, el cual, sometido a presiones y temperaturas enormes, se petrificó junto al cieno, constituyendo las rocas que forman buena parte del área norte de Morovis y de la zona costera y semi-interior de la isla. Más tarde, este lecho oceánico endurecido sale a flote debido a los continuos procesos que alteran la faz del planeta. Sometida a desgastes causados por la erosión la roca comienza a desgastarse y los huesos más duros que de ella comienzan a aflorar en las rocas de los barrios Barahona y Torrecillas de Morovis. Junto a estos restos fósiles hemos encontrado los dientes de los tiburones y de los peces diversos que poblaban las aguas de lo que entonces eran las playas de Morovis, de Ciales, de Corozal y de Orocovis.

Nuestro fósil, según los estudios geológicos realizados en la isla, puede tener una antigüedad aproximada de hasta 60 millones de años. Pero a decir verdad, la historia geológica completa de nuestra isla y la del área del Caribe está por escribirse y estudiarse, por lo que cada nuevo hallazgo fósil arroja luz sobre nuestro oscuro pasado prehistórico.

El lector podrá quizás pensar que sólo estamos fantaseando o que le estamos tomando el pelo. Lo sentimos mucho. A veces un descubrimiento científico resulta ser mucho más fantástico que la fantasía misma. Ante la incredulidad que pueda mostrar algún escéptico, presentamos el peso de la evidencia científica, y esta evidencia pesa más de 300 kilogramos...

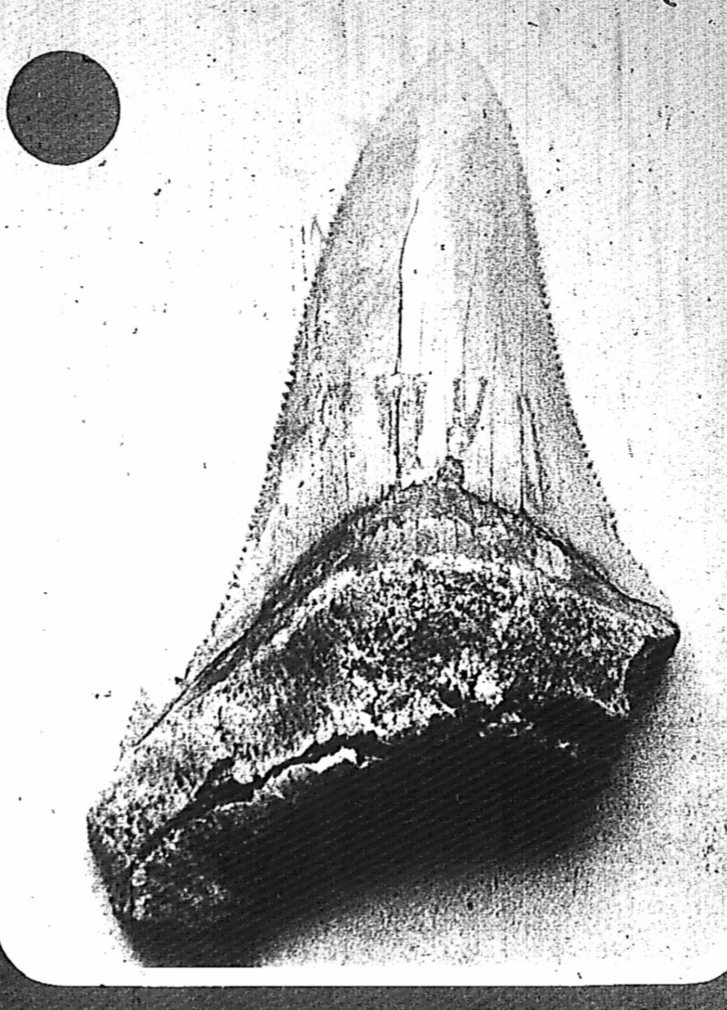
BIOGRAFIA DEL AUTOR:
Es graduado de la Universidad de Puerto Rico con bachillerato en Historia y Geografía, se ha desempeñado como maestro del DIP durante seis años en Morovis y Florida. Ha participado en trabajos de investigación arqueológica junto al Sr. Ovidio Dávila Dávila, arqueólogo del ICPR. Ha publicado durante tres años la Revista "El MAPA", revista de arqueología, paleontología e historia en Morovis. Ha publicado una monografía sobre los fósiles de Puerto Rico titulada "Tiburones en Morovis" y su más reciente publicación "Pinturas indígenas de Boriquen" (1981), sobre el tema de la pintura rupestre indígena en el centro de la isla. Actualmente es organizador de la Federación de Maestros de Puerto Rico en el área de Arecibo. Vive en el Barrio Barahona de Morovis junto a su esposa Lucy y sus dos hijas Luz Noemí y Atabeyra.



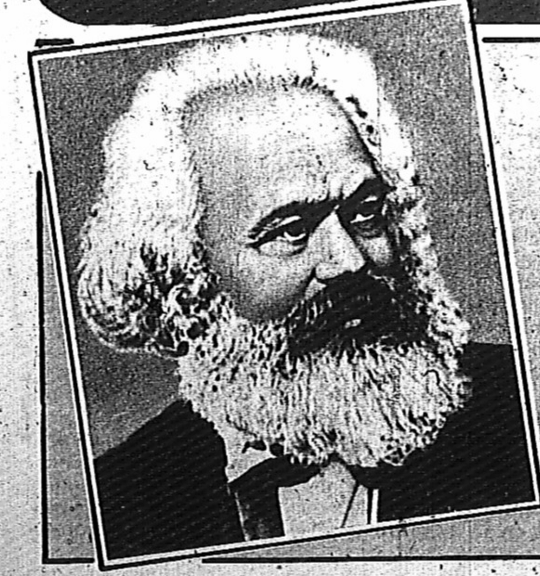
en rojo

Del 19 al 25 de [illegible]

Tiburón... ¿qué buscas en Morovis?



La fotografía muestra el diente de tiburón de mayor tamaño descubierto en Morovis. Mide alrededor de 10 centímetros de longitud. Pertenece al tiburón monstruo, antecesor del moderno "Jaws", al tiburón blanco. (Fotografía del autor).





Algunas cuestiones esenciales en Marx

Por Roberto Martínez Torres
Especial para En Rojo

Tiburón... ¿qué buscas en Morovis?

HABLAN... LAS PIEDRAS

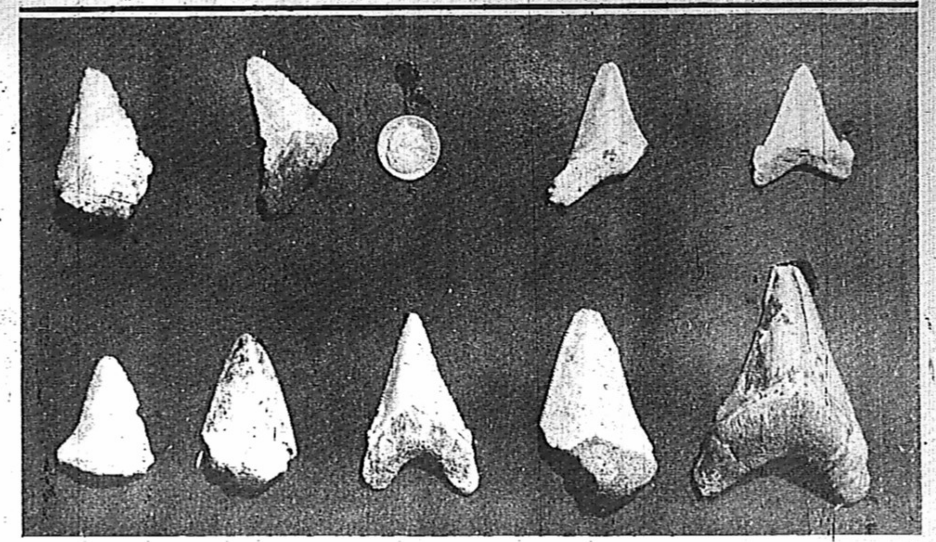
Ya, al leer el título del artículo, de seguro que el lector habrá dejado dibujarse una leve sonrisa en su rostro, o quizás una mueca de incredulidad. Frunciendo el ceño pensará: "¿Se creerá este tipo que uno es tonto?" Pero el incrédulo lector amigo seguirá leyendo movido por su curiosidad. Quizá por ese mismo motivo habrá leído el artículo anterior donde detallábamos el hallazgo de una "ballena en la playa de Morovis". Como el lector habrá tenido la oportunidad de comprobarlo, no estábamos bromeando en lo absoluto.

El esqueleto fósil de un manatí prehistórico descubierto dentro de las rocas moroveñas es prueba fehaciente de que las tierras que hoy pisamos en el centro de la isla eran hace 30 ó 40 millones de años atrás el lecho marino que rodeaba las partes más elevadas de lo que es hoy Puerto Rico. En ese fondo se acumularon los restos de los animales marinos que morían o eran víctimas de sus depredadores. Dichos restos se conservaron allí por su dureza que impedía su rápida descomposición, preservándose por eras geológicas y convirtiéndose en roca como se convertía en roca ese lecho oceánico. De ahí que se encuentren sepultados en las rocas del centro de la isla, pues, debido a una serie enorme de cambios que han ocurrido en la historia geológica de nuestro planeta, la isla de Puerto Rico ha sufrido hundimientos y elevaciones sobre el mar lo que ha hecho que en Morovis, Orocovis, Ciales y casi todos los pueblos del centro de la isla tuviesen sus respectivas playas en épocas remotas.

En esta ocasión les contaremos sobre los no menos sensacionales vecinos de los ya conocidos manatíes prehistóricos: los tiburones de Morovis. En este breve artículo no podremos darles muchos detalles y por lo menos les contaremos de qué se alimentaban de vez en cuando.

Ahora el lector se preguntará cómo nos atrevemos a hablar de cosas que nadie vió y que ocurrieron hace tanto tiempo. Es que toda esta historia está escrita en las rocas del suelo moroveño y allí hemos leído la historia de los vecinos de los manatíes: los tiburones moroveños. Entonces como ahora, el plato preferido del tiburón es la carne, siendo el animal de presa más voraz del planeta. Continuamente come y nunca duerme. No hay razón lógica para suponer que fuera otra su dieta hace 40 millones de años atrás, a excepción, claro está, de la carne humana. Eran carnívoros a gran escala, puesto que los tiburones modernos apenas alcanzan los 8 metros y estos de los que les contamos podían alcanzar fácilmente los 20 metros de longitud. El temible "JAWS" resultaría un pigmeo al lado de uno de los tiburones de la prehistoria moroveña.

Habremos de reconstruir aquí un drama que debió haberse repetido en un sinnúmero de ocasiones a todo lo largo y lo ancho de nuestra isla cubierta por las aguas. Dicho relato lo hemos podido reconstruir basándonos en los hallazgos fósiles que hiciera recientemente el joven Oscar Vega Maldonado en el batey de su propia casa en el barrio Barahona de Morovis. Veamos pues, o, mejor dicho... imaginemos:



La fotografía muestra los primeros dientes de tiburón prehistórico que fueron hallados por el autor en territorio moroveño. Pertenecen en su mayoría al tiburón prehistórico conocido como tiburón monstruo (Carcharodon megalodon), cuya longitud podría alcanzar los 20 metros de longitud. (Fotografía cortesía de Collazo Pro Photo, Morovis).

...Las aguas claras, tranquilas, bullentes de vida, albergando centenares de miles de especies vivientes. No se habían formado aún los cerros que circundan el pueblo, ni los montes que albergan las enormes cuevas. Todavía estaban en formación y constituían inmensos bancos de coral. Allí se iban amontonando los restos de las almejas, erizos, caracoles, cangrejos, ostras y una infinidad de otros organismos, en cantidades de millones. Un poco más arriba se acumulaba la blanca arena de la orilla, al batir de las olas bravías y del fuerte viento del norte: la playa de Morovis, sin nadie que la contemplase a excepción de los seres de la orilla...

He aquí que aparecen en escena nuestros viejos amigos los manatíes. Se trata esta vez de una familia entera de ellos, unos adultos y otros mozuelos. Los grandes son seguidos de cerca por las pequeñas crías que nadan al amparo de sus progenitores. De seguro que ya se han alimentado con la flor de agua que abunda en la desembocadura del río y por eso juguetean alegremente. Las tibias y transparentes aguas del trópico dejaban pasar los cálidos rayos del sol aún sin nombre y al pasar la familia de manatíes proyectan sobre el fondo cienoso otras tantas siluetas voluminosas y juguetonas. Las sombras se entrecruzaban en armonioso vaivén, ignorando el peligro que se avecina.

A menos de un kilómetro de la desembocadura del río avanza una mancha de hambrientos tiburones gigantescos. Tan hambrientos se encuentran que están a punto de atacarse mutuamente, pero detectan las vibraciones de los manatíes en el agua cercana, los cuales retozan y chapaletean alegremente ignorando la terrible amenaza que se les echa encima. Los voraces tiburones cambian de rumbo y se dirigen sigilosos hacia sus víctimas: es la hora de la cena.

El ataque no se hace esperar, y los sorprendidos y aterrorizados manatíes se dispersan en todas direcciones. Unos logran salvar la orilla pero otros, más lentos y en su desesperación por huir toman rumbos diametralmente opuestos, sellando así su muerte al moverse hacia aguas más profundas. Allí resultan presa fácil de los tiburones que blanden sus enormes colmillos semejantes a cortantes navajas de cinco y seis pulgadas de longitud: armas ideales con que la naturaleza ha dotado a estos temibles animales de presa, monstruosas máquinas de muerte.

Los lentos y turbados mamíferos son presa fácil de los voraces y sigilosos escualos que sacian su apetito por el momento. Uno de ellos, de regular tamaño, ha asestado varias dentelladas a un manatí de grandes proporciones. Uno de sus colmillos se desprende al morder una de las costillas del manatí pero ello no aminora en lo más mínimo el feroz ataque del tiburón que

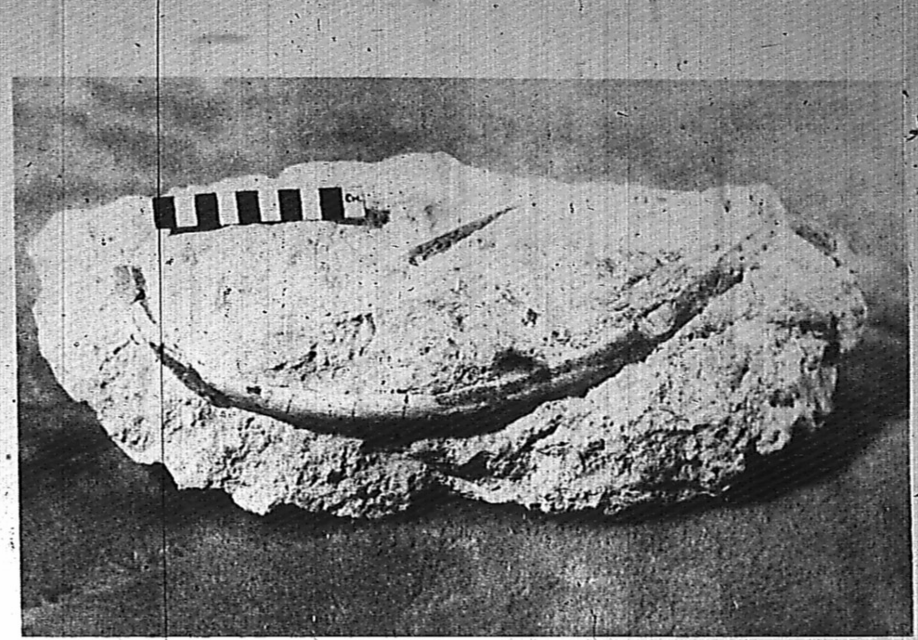
continúa lanzando dentelladas a diestra y siniestra sin reparar en lo más mínimo la pérdida sufrida.

Caen en el fondo cienoso sólo pequeños trozos de carne adheridos a algunos esqueletos fragmentados de los manatíes sacrificados y los tiburones se alejan dejando tras de sí un rojizo rastro de muerte. Las aguas que minutos antes estaban transparentes están ahora turbias y sanguinolentas, y en el lecho marino los despojos de los manatíes que corrieron la peor suerte. Uno de los tiburones va con un diente menos pero con su hambre satisfecha. Todo ha ocurrido vertiginosamente, tal vez en el tiempo que el lector ha tardado en leer estos párrafos.

Como habíamos señalado, esta historia la hemos podido leer en el batey de la casa de un compañero investigador de Morovis. Su casa está enclavada sobre una enorme roca caliza de casi 100 metros de largo por 20 de ancho y de un espesor difícil de precisar. De ahí fue que extraímos varias de las costillas del manatí que inspira nuestra narración. Las mismas estaban desperdigadas a todo lo largo y ancho de la enorme roca. Parte de las mismas sobresalían de la roca, lo que facilitó su hallazgo.

Una vez lavada la roca alrededor, procedimos a tomarles algunas fotos. Luego comenzamos a cavar cuidadosamente alrededor con cincel y marrón. Poco a poco iban apareciendo las costillas, algunas de ellas entrecruzadas con otras. Cincelamos la roca por los lados y por debajo hasta donde era posible y procedimos a desprender la piedra del lecho rocoso, lo cual nos tomó varias horas. Las sorpresas no habían terminado aún, pues cuando desprendimos la roca, algo se partió debajo de las mismas. Pudimos comprobar que debajo se hallaba un enorme diente de tiburón de casi tres pulgadas de largo. Apenados por el suceso lo tomamos, lo pegamos y sólo un pensamiento pasó por nuestras mentes: Aquí tiene que haber ocurrido algo raro... De ahí fue que construimos la historia que el lector acaba de leer. No insistimos que tiene que haber sido así necesariamente, pero es una posibilidad que quisimos explorar.

La narración la basamos en los hallazgos concretos realizados. En primer lugar, encontramos costillas de manatí asociadas a dientes de tiburón. En segundo lugar los restos fósiles fueron descubiertos en una roca caliza no muy pura, sino compuesta de restos calcáreos y algo de barro, como lo que se acumula en las desembocaduras de un río, que es el habitat natural del manatí. En el mismo nivel encontramos una variedad infinita de erizos, almejas, ostras y caracoles marinos. Todas las evidencias confirman nuestra hipótesis de que en las cercanías de Barahonas de Morovis hubo una desembocadura de un río. Al exhumar los restos de estas criaturas de nuestra prehistoria reconstruimos bastante acertadamente la historia ocurrida, que es la historia más larga que está escrita en nuestra isla... y las rocas son las que la cuentan...



La foto ilustra las costillas del manatí fósil descubierto por el joven Oscar Vega en Barahona, Morovis. Pertenecen probablemente a un manatí de alrededor de 3 ó 4 metros de longitud. (Foto cortesía de Fotografía Rosario de Jimmy Rosario, Vega Baja).



La foto muestra varios de los dientes de tiburón de gran tamaño descubiertos en Morovis. (Fotografía del autor).

El mamífero más antiguo de Puerto Rico

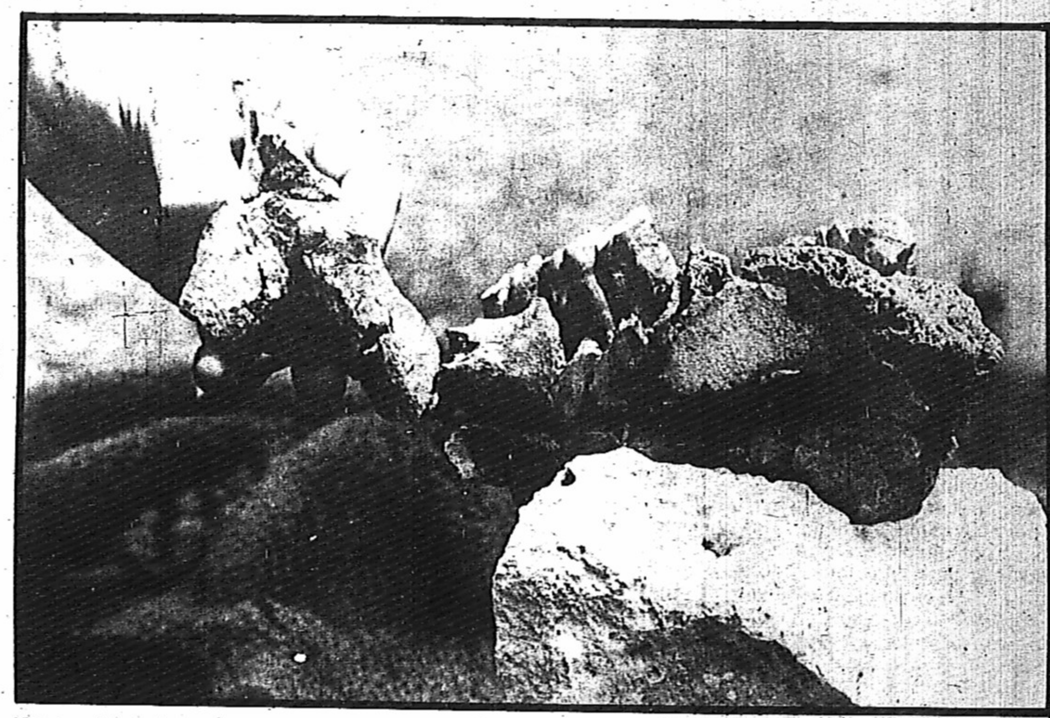
Por Roberto Martínez Torres
Colaborador de En Rojo

Fue durante el verano de 1981 cuando el autor se encontraba atareado recogiendo piedras de gran tamaño para rellenar parte del camino hacia su residencia. Armado de picota y marrón, partía las piedras para poder transportarlas al lugar deseado. Ya había hecho pedazos una enorme piedra de más de 4 quintales y procedía a recoger uno a uno los fragmentos cuando al levantarlos notó una serie de fragmentos de color marrón que eran semejantes a huesos de los ya anteriormente descubiertos. Comenzó a voltear los pedruzcos y descubrió, muy tarde, que acababa de demoler en más de 100 fragmentos una enorme mandíbula de algún animal extraño con todas sus seis muelas. Hasta ahí duró el trabajo del día y se dedicó a recoger cuidadosamente todos y cada uno de los fragmentos del fósil para ir tratando de reconstruirlo poco a poco. Luego investigaría lo que era. Curiosamente, casi todos los grandes descubrimientos ocurren por casualidad. Durante varias noches, una vez lavados los fragmentos, el autor junto a su esposa lograron montar algunos de los fragmentos de muelas y de la mandíbula pero no fue hasta el mes de marzo pasado que el descubrimiento adquirió verdadera importancia para nosotros.

A fines de marzo pasado recibimos en Morovis la visita del señor Daryl P. Domning, quien estuvo acompañado por un colega suyo de la Florida y el señor Braulio Jiménez, oficial de la Junta de Calidad Ambiental de Puerto Rico. Habían leído el artículo aparecido en estas páginas recientemente donde informábamos el hallazgo de un esqueleto fósil del manatí prehistórico cuya edad estimábamos en aproximadamente 60 millones de años.

El señor Domning trabaja para el Departamento de Paleobiología del Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithonian de Wáshington. Este investigador ha llevado a cabo una serie de estudios relacionados con las poblaciones de los mamíferos prehistóricos del planeta así como de su dieta. Su especialidad son los sirénidos y su alimentación en la prehistoria. Ha publicado varios trabajos sobre el tema y varios artículos de divulgación científica en revistas especializadas en el tema de la paleontología.

Vinieron atraídos por los descubrimientos informados sobre el manatí prehistórico de Puerto Rico en publicaciones que se hicieron en la isla a principios de siglo y tuvieron la agradable sorpresa de enterarse de que en el área de Morovis se habían hecho decenas de hallazgos por la Agrupación Paleontológica y Arqueológica Moroveña que dirige el autor.



Vista parcial de la mandíbula interior del "dugong" prehistórico descubierto recientemente en Morovis por el autor. Se puede apreciar claramente los molares del lado izquierdo de la mandíbula. (Foto CLARIDAD por Freddie Toledo).

En esos días preparábamos otro artículo sobre el más reciente descubrimiento realizado en Morovis, el cual verdaderamente impresionó tanto al investigador norteamericano que decidió suspender su itinerario y venir en otra ocasión a Morovis a trabajar en la reconstrucción del fósil. Se trata de la primera mandíbula descubierta en la isla en perfecto estado de conservación perteneciente al mamífero marino más antiguo de la tierra y pariente remoto de los modernos sirénidos: el dugong.

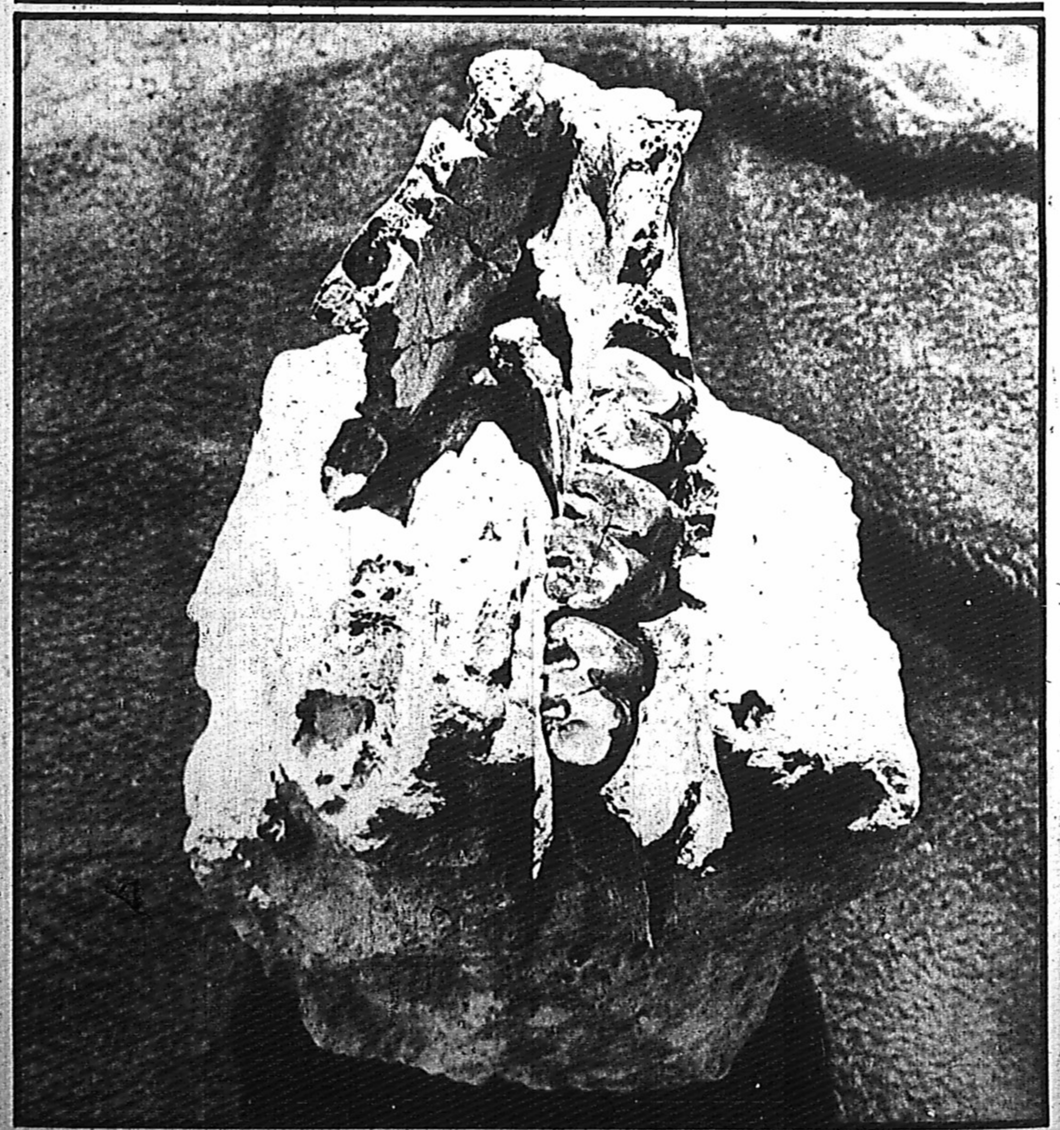
Esta criatura habitó las aguas moroveñas probablemente más de 60 millones de años atrás. En palabras del propio Domning, posiblemente se trate de una especie de sirénido aún desconocida. Un hallazgo parecido había sido realizado hace más de 70 años en el área sur del país, pero se hallaba en mal estado de conservación. Se trataba de un fragmento pequeño de la mandíbula del sirénido prehistórico. Resulta importantísimo encontrar la mandíbula completa debido a las razones que ahora explicaremos.

En primer lugar, la mandíbula de un animal, si conserva sus dientes y muelas, es índice para determinar si era reptil o mamífero. Segundo, determinando el uso que le daba a sus dientes o muelas se determina si era hervíboro o carnívoro. Tercero, tratándose de un mamífero hervíboro como lo es el dugong o el manatí, la configuración de los huesos de la mandíbula son un buen índice para determinar la posición en que el animal obtenía su alimento, el cual consistía de yerbas acuáticas. Estas yerbas las podía o atrapar de la superficie o bien arrancarlas del fondo. Si estudiamos cuidadosamente la configuración de los huesos de la mandíbula, podemos determinar si ese animal estaba especializado en comer yerbas

* "...descubrió, muy tarde, que acababa de demoler en más de cien fragmentos una enorme mandíbula de algún animal extraño con todas sus seis muelas."

* "Basándose en estos hallazgos es que los estudiosos van formando el rompecabezas del panorama que había en esta parte del planeta hace tantos millones de años...".

* "Exhortamos a todo puertorriqueño... que bajo ninguna circunstancia permitan que estas cosas salgan fuera del país, ...porque constituyen tesoros nacionales que futuras generaciones sabrán apreciar y nos agradecerán el que los hayamos conservado".



Vista parcial de la mandíbula del "dugong fósil". Se trata de la primera mandíbula fósil de este espécimen descubierta en casi total estado de conservación. Fragmentos de ella habían sido hallados anteriormente en otros puntos de la isla. (Foto CLARIDAD por Freddie Toledo).

flotantes o yerbas del fondo.

Como vemos, es enorme la cantidad de información sobre la vida que existía en las playas prehistóricas de nuestro país la que podemos obtener de una simple mandíbula fósil encontrada en la rocas del centro de Puerto Rico. Basándose en estos hallazgos es que los estudiosos van formando el rompecabezas del panorama que había en esta parte del planeta hace tantos millones de años atrás, cuando aún el ser humano ni pensaba hollar suelo terrestre, porque no existía el Homo Sapiens.

Algo que imposibilitó el estudio abarcador del hallazgo por parte del señor Domning es el hecho del poco tiempo de que disponía en la isla para trabajar y las dificultades que presenta la ausencia en la isla de algún laboratorio donde se pueda llevar a cabo la labor de reconstrucción total del fósil y su posterior análisis. El obstáculo resulta, por el momento, insalvable. Si bien es cierto que en Estados Unidos hay dicho equipo y laboratorios modernos, no existe en la isla Institución alguna que se pueda hacer responsable de asegurar que esta reliquia salga del país y regrese a la isla. No existiendo tal garantía, el fósil debe permanecer en Puerto Rico aunque ello imposibilite de momento su estudio, cosa que verdaderamente lamentamos.

En nuestro país no existe ningún paleontólogo profesional hasta el momento. En el Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas de Mayagüez que es donde se ofrecen cursos de paleontología no tienen un paleontólogo siquiera, y los especialistas de Estados Unidos no quieren venir a ofrecer el curso por la poca paga. Los cursos los ofrecen aficionados que tienen estudios en geología, como personalmente me lo han comunicado.

Esta situación es propia de un país colonial. En el CAAM los estudiantes mandan a comprar los dientes fósiles de tiburón para sus estudios porque no saben que en Puerto Rico nos los encontramos en cantidades de miles y todo el mundo les da de patadas en las tierras morovéñas. Es irónico que todo esto sea así, pero superar esa condición actual es deber de todos los puertorriqueños amantes de nuestra tierra y cultura.

Exhortamos a todo puertorriqueño amante de estos quehaceres a que nos informen de inmediato si llevan a cabo algún hallazgo de este tipo y que bajo ninguna circunstancia permitan que estas cosas salgan fuera del país, haciendo imposible el estudio de las mismas en Puerto Rico y porque constituyen tesoros nacionales que futuras generaciones sabrán apreciar y nos agradecerán el que los hayamos conservado.